

I El guerrero y el día

El guerrero abre los ojos y despierta a la luz del día. La claridad le incomoda, le produce dolor de cabeza, pero pronto se acostumbra. Ha pasado las últimas horas de oscuridad durmiendo, pero el alba, por primera vez, no le ha despertado. Debería sentirse extenuado, pero Sei nunca se cansa, está siempre en constante movimiento, al acecho, y bien dispuesto para la batalla. La otra variante es que ha dormido bajo un sauce, cuando lo normal sería haber dormido sobre sus ramas. La pasada noche fue tranquila y despejada y se dejó tentar por el brillo de la luna, así que se tumbó bajo el árbol, con sus rayos filtrándose bajo las vencidas ramas del sauce y, sintiendo la brisa y el murmullo de las aguas cercanas, se quedó dormido.

Ahora levanta su espada Tao Hiryuu del suelo y se la coloca a la espalda. Se acerca con elegancia hasta las aguas del arroyo Takekan y contempla su reflejo, antes de tomar agua con las manos y frotarse la cara. A sus rasgados ojos todavía les molesta la claridad, pero será por poco tiempo. Se ajusta los grilletes de sus muñecas, se retira el pelo de la frente y echa a andar a través del bosque. Le gusta merodear cerca del arroyo para seguir en contacto con los sonidos del mundo, pues alberga serias dudas acerca de que su capacidad del habla siga intacta después de tanto tiempo sin usarla. Una vez que se mezcla con los demás sonidos del bosque —el roce de las plantas al pasar, los pájaros cantando muy alto en las ramas de los árboles, la chicharra— ya no le importa tanto dejar el rumor de las aguas atrás. Sus ropajes entre marrones y verdosos le garantizan un camuflaje total con la vegetación. Se mueve rápido ahora, así que no será fácil tenerlo como objetivo. Atraviesa el bosque tropical en busca de algo a lo que enfrentarse; la furiosa sangre guerrera que corre por sus venas así se lo dicta. A lo lejos, en la distancia, le ha parecido escuchar el gruñido de dos criaturas luchando entre sí. Se queda parado un momento, al pie de una rama saliente en el suelo, y localiza el ruido hacia el oeste. Atraviesa el bosque con rapidez en esa dirección, y desde una distancia prudencial contempla a una cría de jabalí que ha sido atacada por una serpiente azabache. La madre gruñe, enseñándole los dientes, pero esta no cede en su presión a la pata de la cría, la cual, por más que intenta liberarse, continúa bien sujeta entre los anillos del reptil. Con sigilo y rapidez, el guerrero trepa por el tronco de un árbol de acacias y se sitúa bajo su copa, no demasiado lejos del suelo. Observa cómo la serpiente abre la boca para amedrentar a la madre del pequeño jabalí con sus venenosos colmillos, y luego se gira para devorar a su presa. Tiene tan solo unas décimas de segundo para reaccionar ante el silbido y el brillo que produce la hoja de la espada al ser sacada de su vaina.

Sei se impulsa desde la rama en la que está apostado y, de un salto perfecto con su espada en vertical, corta en dos el cuerpo de la serpiente de ébano, que todavía continúa siseando y agitando la cola furiosa, en señal de protesta. El jabalí asustado se libera de los anillos opresores y regresa junto a su madre, tambaleante. Antes de salir corriendo a través del bosque, ambos contemplan cómo el humano le corta la cabeza de un tajo limpio al ofidio. Sei permanece tan solo un momento más agachado, observando los oscuros ojos sin vida del animal y su boca, que ha quedado contraída en un rictus de sorpresa ante la muerte. Se incorpora y sigue su camino, pero no tarda en detenerse cuando se encuentra con una araña azulada que trabaja laboriosa en su enorme tela transparente, a la espera de que algún incauto insecto quede atrapado en ella. La tela es brillante y tiene forma de espiral. El guerrero admira a la araña, porque dedica todos sus esfuerzos a la producción de su medio de subsistencia. A su manera, el suave entramado que prepara es hermoso, y presenta a su alrededor una fuerza de atracción equivalente a la que tiene la Tierra en la que él habita sobre todo lo que vive en su superficie. Continúa avanzando y el Sol, ya alto, le da de pleno en el rostro. Siente cómo lo llena de energía y le concede ánimo y coraje para enfrentarse al resto de la jornada.

De repente, se fija en un pájaro pequeño que se ha caído del nido en el que estaba, en un fallido intento de volar. De color pardo y pico afilado, es tan diminuto que podría ocultarlo bajo un solo dedo de su mano. El pequeño colibrí está solo y no pía, y es por eso que el guerrero no ha reparado en él antes. Cuando se acerca, el pajarillo se asusta y bate sus cortas e indefensas alas para impedirlo, pero es inútil, pues Sei lo recoge de todas formas. Entre sus manos lo nota cálido y tembloroso: es un pequeño organismo latiente, cuya vida está en sus manos. Es consciente de que si continúa en el suelo será presa fácil de los depredadores. Mira hacia las alturas y observa el árbol del cual ha caído, cuajado de hermosas orquídeas rosadas. Localiza el nido, que está construido de forma superficial entre las flores. No tiene más que subirse a una de sus frágiles ramas y dejar allí al diminuto troquilino. No se pregunta dónde estarán sus padres; solo lo deposita en el interior del nidal. Sin embargo, antes de marcharse, escarba en la tierra y busca algún gusano. Encuentra un par de larvas blanquecinas y se las pone en el pico. Es todo lo que puede hacer por él. Después, se aleja.